

# Alerce

Año 8, N° 67, marzo de 2020. Director: David Hevia

## La perspectiva de género bajo el puño de María Elena Gertner

Nacida en Iquique en 1927, sus tempranas inquietudes intelectuales consagraron a María Elena Gertner como destacada integrante de la Generación del '50, a la que también pertenecieron autoras como Mercedes Valdivieso, Elisa Serrana y María Carolina Geel. Devoradora de libros desde los cinco años de edad y escritora de cuentos desde los nueve, compartiría su pasión por las letras con una brillante carrera actoral, iniciada en el Teatro Experimental de la Universidad de Chile y continuada en la Universidad Católica, donde también ejerció como académica y directora teatral con piezas como *La mujer que trajo la lluvia* (1951) y *La rosa perdida* (1952). Sin embargo, el punto de inflexión de su quehacer literario se produjo en 1950, cuando conoció en París a Simone de Beauvoir, Jean-Paul Sartre y Albert Camus. Es entonces que publica su poemario *Homenaje al miedo*, obra a la que le siguió *Islas en la ciudad* (1958), novela elogiada por la crítica y en la que se aprecia el influjo de Dostoievsky y de Virginia Woolf. Su consagración llegaría con *La mujer de sal* (1963), en cuyas páginas ensaya una mirada crítica de la sociedad patriarcal, deslizándose con audacia y aguda mirada escenas de la vida cotidiana de las mujeres de la urbe que hasta entonces eran sencillamente calladas. El tenor del texto enfureció a Alone, quien arrojó su artillería contra la autora en su columna de opinión. Al contrario, Manuel Rojas defendió con vigor el libro, que sería varias veces reeditado, y acusó al crítico de

hacer un juicio desde la moralina personal y no desde la literatura. Con fina ironía, la novela construye la trama dejando en evidencia cómo el proceso creativo y la capacidad del personaje femenino por decir las cosas tal como las piensa hacen naufragar el intento de un hombre por caracterizarla desde las habituales etiquetas del análisis psicológico. Por la calidad de su obra y por el aporte de la misma al debate sobre género, *Alerce* incluye aquí el emblemático Capítulo 1 de tan señeras páginas.

“Pasados los treinta años, se supone una mujer debería ser algo sabia; o, por lo menos, poseer cierta sabiduría con respecto a sí misma y un mínimo de conocimientos acerca de los demás”. Así pensaba Amalia, comprobando su total ignorancia.

—Mi abuelita sí que era sabia... Y sin duda lo eran todas las mujeres de su tiempo —dijo—. Yo sólo me conformo con conocer aquello que he respirado, que he palpado con mis labios y mi lengua, que he contenido entre mis manos... —e inmediatamente tuvo conciencia de que también los dedos y la boca la habían engañado.

—La sabiduría de las viejas señoras no se basaba en la experiencia personal —murmuró Théo.

—Justamente. . . por eso quiero decir...

Él emitió un ruido muy peculiar, haciendo chasquear la lengua; un ruido que solía sobresaltar al resto de la gente.

—Es inútil que insista, Amalia —dijo—. Hay individuos como usted, como mi amigo el Príncipe, criaturas quebradas, para las cuales los sentimientos y el sexo, las percepciones y la inteligencia, son caminos que deben correr en forma paralela, sin que jamás lleguen a encontrarse.

—¿Por qué?— preguntó ella con voz destemplada.

Los ojos de Théo se oscurecieron durante unos segundos tras los gruesos cristales de sus lentes.

—Porque si intentan unir estos dos caminos, la demás gente advierte una debilidad en ustedes; una debilidad que la irrita y que no perdona; una debilidad que es preciso castigar.

—Sin embargo... hay personas que viven en paz..., personas que...

—Sí. Personas normales.

—Yo soy normal —gritó ella, sin enojo.

—No. Ni usted ni el Príncipe lo son. Quizás tienen una naturaleza diferente, o las circunstancias los conformaron así, y..., bueno, más vale encarar la verdad, ¿no le parece?

Amalia se puso a dar vueltas por la salita atestada de muebles que odiaba.

—La naturaleza, sí, es claro... —musitó, sintiéndose empujada, semejante a una mosca. Bebió su coñac y encendió otro cigarrillo con el resto del anterior. Experimentaba una sensación de ahogo, de indefinible temor, de asco; igual que si alguien le hubiese susurrado al oído una grosería cuyo significado no alcanzaba a comprender íntegramente—. Usted entiende —dijo, bajando la voz y desviando la mirada hacia la copa vacía—, pero yo..., yo... —¿Necesita definir su problema?

Una bocina resonó plañideramente, vinieron voces desde lejos, una campanada, la

melodía de un twist. La atmósfera se hinchó de sonidos rebotando contra los muebles odiosos, y Théo alargó la mirada más allá de sus lentes, hacia un horizonte distante que sólo él distinguía.

—Usted es una ninfómana —explicó—. ¿Le asusta la palabra?

—No, no me asusta. Ya la había oído. Desgraciadamente no me aclara nada —repuso ella, y empezó a reír tontamente.

—Es ridículo su empeño en subsistir del mismo modo que el común de los seres humanos —aseguró Théo—. ¡No sea infantil, Amalia! Si no quiere recibir heridas, destruirse y destruir, acepte el punto al que ha llegado. Deslinde: aquí la ternura..., acá el deseo. —Sostuvo su copa delicadamente, con el índice y el pulgar derechos, y con la mano izquierda apartó el cofrecito que contenía los cigarrillos, acariciándolo—. Usted jamás será sabia al estilo de las abuelas —añadió sonriendo—. ¿La he molestado?

—De ninguna manera.

—Es tarde. —Miró el reloj con tapa de oro que guardaba en el bolsillo del chaleco.

—No sé si alguna vez podré seguir sus consejos, Théo.

—Le telefonearé mañana.

La puerta del departamento se cerró. Después se escuchó el ruido del ascensor, y en seguida los pasos de Théo, perdiéndose en la calle Vaugirard. La noche sobrevinía ahora, allí, entre las paredes hostiles de aquel piso con sus muebles alquilados, frente a los arrimos de caoba y a las butacas infladas, la verdadera noche, idéntica a un ala ahuecada sobre la cabeza de Amalia.

Sin prisa comenzó a desvestirse. Se lavó los dientes, echó a correr el agua del *bidet*, se cubrió la cara con crema y se metió en la cama, repitiendo movimientos mecánicos, con la voluntad ausente. También, con un gesto casi maquinal, cogió la Biblia, abierta encima de la mesita de noche, y leyó la página acostumbrada:

*En cuanto salió la aurora, dieron prisa los ángeles a Lot, diciéndole: “Levántate, coge a tu mujer y a las dos hijas que tienes, no sea que perezcan tú y ellas por las iniquidades de la ciudad”. Y como se retardase, cogieronle de la mano a él y a su mujer y a las dos hijas, pues quería Yavé salvarles, y sacándoles les pusieron fuera de la ciudad. Una vez fuera, les dijeron: “Salvaos. No miréis hacia atrás, y no os de tengáis en parte alguna del contorno; huid al monte si no queréis perecer”.*

Amalia cerró el libro y se levantó en busca de un cigarrillo. Luego se dejó caer en una de las butacas, encogiéndose las piernas como un niño en el regazo de una mujer obesa, y recitó el resto del capítulo aprendido de memoria:

*Salía el sol cuando entraba Lot en Segor e hizo Yavé llover azufre y fuego de Yavé desde el cielo... Sara, la mujer de Lot, miró hacia atrás y se convirtió en un bloque de sal.*

Amalia observó sus pies desnudos, con las uñas pintadas de rosa, sorprendiéndose de que aún fueran pies de carne y hueso. Entonces retomó el hilo de su propia historia: “Junto con el tiempo humano, compuesto de pasado, presente y futuro, Dios le regaló al hombre la posibilidad de olvidar; de abandonar viejas moradas y marchar por rutas desconocidas. Pero yo, igual que Sara, no puedo dejar de mirar hacia atrás. Soy incapaz de echar llave a las puertas del pasado. Vivo desobedeciendo”.

Tuvo un estremecimiento de frío y corrió a refugiarse en su cama. Pero se resistía a apagar la luz, a quedarse de espaldas, inmóvil, aplastada por recuerdos. Estiró un brazo y alzó una de las hojas de papel que yacían en el suelo, junto a la cama. Pensó: “La portera no ha venido a limpiar el departamento. Será mejor guardar estos papeles, trabajar con orden..., aunque... es innecesario; nadie los verá nunca. Ni siquiera Théo”.

Allí estaba el principio de la historia, cubriéndose de polvo encima de la alfombra, al lado de las zapatillas de levantarse. Y de pronto, como si una voz le hubiese susurrado aquellas palabras al oído, murmuró:

—La estatua de sal. —Se incorporó, recogió las carillas dispersas y fue a encender la lámpara que había sobre el pequeño escritorio adosado a la pared.



## Rescate

Si a ritmo de cariátide  
me envuelvo en mi corola  
velo pétalo a pétalo el pistilo

recojo pliegue a pliegue el raso  
de mi túnica alada  
abrázome a un antiguo destino

(castellana alzo el puente  
y la alcándara  
riego el foso con mi lluvia de mayo)

si me torno vasija y me contengo  
impródiga de piel  
ante el dardo extraviado

si interdicta en lo íntimo florezco

también  
véase  
en ello  
un acto de amor.

## Casas de aire

Cuando zumbar hizo los muros llovió espuma  
de araña, el aroma materializó una sinestesia  
iniiciática, muertas las lías precipítanse al fondo  
de tanta copa rota, borras borrando cacofonías,  
metrajés subexpuestos, premonitorios brindis,  
de las rompientes entran unos gases oceánicos,  
gargantillas de pompas de champán, sopla una  
ventolera que sin querer sabiendo o sin saber  
queriendo convocaste (te acuerdas del percal,  
todos los bienes muebles, *se ne frega*), perlas  
encubadas en agitados mares (nuestro vino no  
bien, viaja), en cubas, cuba cúbica con bozal de  
alambre (no salte el corcho), cuestión de crianza,  
calzones, calistenia, muñeca brava tú, muñeca,  
golpe de puño, muñequero, degüello frío en frío,  
nostalgia de la presión primera: apuesta al nada  
o nada (nupcias), final de tango, virgen extra.  
Burbujas como átomos en fuga, así las casas.

**María Elena Blanco**

## El salto

Sube un hombre una escalera  
erguida esa mañana en el cemento.

Primer descanso:  
el viento toca su piel desnuda.

Infla sus pulmones  
toca el pasamanos,  
emprende el segundo tramo.



Brilla el sol en la superficie del agua,  
tibia la piel y el rostro del hombre.

Segundo descanso:  
la superficie es estrecha.  
Sólo tres peldaños más  
y el tablón aparece  
recto y tendido.

Avanza el hombre hasta el borde,  
inspira,  
extiende sus brazos hacia adelante,  
flecta las rodillas,  
las estira,  
rechaza el tablón,  
y dibujando un arco,  
medio pez y medio pájaro,  
en el espacio de la mañana  
se sumerge.

**Marina Arrate**

## Si acaso

Me anuncian  
que llueve en Traslasierra  
refucila el cielo sobre el Tala  
y pienso si acaso me lloviera  
Ahora  
Si se quedara abierto un instante  
el humedal del aire en la memoria  
y entrara ese placer antiguo  
un goce de agua  
la piel entrelazada en el otro  
rumores roncós relámpagos  
tus manos guiando pulsaciones  
y nuestros pies mojados  
y el agua hecha piedra  
en búsqueda del centro  
de la rendija exacta  
en donde anidarme  
Si acaso me lloviera  
como llueve en el valle  
me quedaría plena  
igual que el Tala  
después de la tormenta  
Si acaso me lloviera  
-no llueve acá en verano-  
Si acaso  
sería lluvia fina que anuncia en su plumaje  
la soledad del cuarto  
La finitud del agua  
en los espejos

## Pan de Azúcar

Esta es la verdadera geografía  
Aquí terminan miradas ciegas  
Convexa bóveda abre sus brazos  
Abrupta

Caigo  
en ángeles  
garumas  
son oleajes ahora caracolas  
son redes verticales  
en el delfín del agua  
o el zarpazo rojo de la  
Copiapoa  
Y tan azul  
Azul me alzan las mareas  
(A Carlota Muñoz, poeta  
de Chañaral por su lección  
de geografía)

**María Cristina Larco**

## Fuego en la Patagonia

De pronto un leve ruido  
se descolgó de altos  
árboles.  
El corazón se detuvo!  
ya no hubo trinos  
ni raspar de élitros.

Los duendes en la hojarasca  
interrumpieron su quehacer.  
El calor se volvió insoportable  
cuando las llamas se acercaron!  
Junto al estero los reunió el instinto  
mientras el alma de cada especie  
oraba en silencio!

## Mujer de cuarzo

Escapó de un bloque,  
De un resplandor apenas rosa.  
Guardaba dentro  
Un tornasol clamando por salir,  
Donde un pájaro húmedo  
Temblaba al soplo de un cirio.  
No se supo mujer  
Hasta el golpe de herramienta  
Que torneó su forma  
Y la volvió intuitiva.  
Trémula descubrió la roca  
Que le insufló vida de hembra,  
Una luz violeta  
Penetró cada sinuosidad  
Y un resplandor  
Puso su ánfora a sentir.

**Carmen Gangrier**

## Plata vieja

Con sus brillos de plata vieja salimos al jardín,  
su rostro inexpresivo ya no refleja la luz.

Yo insisto en dar esos paseos.  
No pierdo la esperanza.

Creo que la bóveda es su lugar.  
Los muertos ya no necesitan salir al sol.

## Volver

Quisiera volver al instante mismo  
donde mi cabeza asomó  
a este destino impío  
de tanto camino sin razón.

Haber nacido  
con los ojos abiertos,  
las manos cerradas,  
con esta edad.

Haber elegido  
mi país,  
mi sexo,  
el hospital.

Que me preguntaran  
¿qué quieres ser cuando niña?

Haber podido elegir.

Haber vivido hacia atrás.

**Varinia Villarroel**



*A la izquierda: Florecer I, de Daniela Urrutia.*